

LENA SJÖMAN

EN EL ECUADOR ¿PUEDEN SOBREVIVIR LAS MANIFESTACIONES CULTURALES PROPIAS?

Acompáñeme a visitar un pueblo en el sur del Ecuador.

Salimos de Cuenca, la Atenas del Ecuador, y seguimos el camino hacia el noreste. El paisaje es rico en ríos, los sauces embellecen los verdes prados de las orillas en donde vacas y ovejas pastan pacíficamente. Alrededor se levantan los cerros, vestidos de eucaliptos.

El camino va zigzagueando subiendo por entre los cerros. En la cima de uno de estos divisamos la iglesia de Chordeleg, el destino de nuestro viaje. Vamos entre maizales, árboles de durazno llenos de flores rosadas y el fresco aroma de los eucaliptos. Estamos en tierra histórica. Antes de la llegada de los incas en el siglo XV, la poblaban los cañaris. En esos tiempos era Chordeleg un floreciente casicazgo y ya era centro artesanal; esto último lo atestigua una abundancia de restos arqueológicos.

En muchas partes las yuntas sacan tiestos de la tierra arada, restos de la cerámica que los cañaris y, naturalmente, también los pobladores anteriores fabricaban. También se trabajaba el oro sacado de sus ríos.

Las dos tradiciones artesanales del pueblo permanecen hoy en día: Chordeleg es conocido por sus joyas de oro y su cerámica y recibe turistas de todas partes.

El turismo, naturalmente, ha dejado sus huellas: además de la artesanía local se vende, desgraciadamente, gran cantidad de "baratijas turísticas".

Es todavía de mañana, pero la niebla ya se ha levantado de los cerros del otro lado del valle del río Santa Bárbara. Ya ha empezado el trabajo en los numerosos talleres del pueblo. Caminando hacia el parque vemos ollas secándose al sol. Más de 20 familias viven

de la alfarería. Es esta artesanía la que vamos a conocer un poco más.

Bajamos a una casa modesta, de bloques de cemento. En ella vive don Salvador, uno de los maestros alfareros más conocidos en el pueblo. Dentro de su gremio él se ha convertido en algo así como la cara de Chordeleg hacia el mundo. Todos saben apreciar sus cuadros con escenas costumbristas y sus figuritas típicas. En su casa es bien venido y recibido —con el mismo cariño sencillo—, tanto el rico como el pobre. Por aquí pasan Ministros y Embajadores, turistas de todo el mundo, la lechera y el albañil de la localidad, cañaris u otavaleños de viaje, y todos admiran sus trabajos. Don Salvador habla con mucho gusto —y con una chispa humorística en sus ojos de ardilla— de su trabajo y de su vida. Nos recibe sentado en su torno, atrás de una montaña de tierra blanca. Más abajo está la huerta en la que el chanco de la casa busca su comida al pie de los duraznos en flor. —“Mi padre era alfarero y mi abuelo también”— nos cuenta don Salvador mientras, al parecer sin ningún esfuerzo, da forma a una maceta grande. Los nietos juegan despreocupadamente entre las frágiles macetas que se están secando; parece que hubieran nacido con un sexto sentido pues casi nunca rompen alguna. Sólo de vez en cuando el abuelo deja oír un gruñido impaciente cuando molestan demasiado alrededor del torno.

Es difícil seguir la historia

de la alfarería hasta muy atrás en el tiempo, pero fueron los españoles los que introdujeron su cerámica utilitaria, típicamente mediterránea, a su llegada en el siglo XVI. Antes, en América no se conocían ni el torno ni el vidriado. Después de la llegada de los españoles se empezó a fabricar una serie de vasijas de diferentes formas, cada una con una función especial en la cocina. Las formas autóctonas desaparecieron casi completamente. Los artículos torneados se decoraban con el color verde del óxido de cobre y se vidriaban con el transparente vidrio de plomo.

Durante unos 300 años el trabajo siguió haciéndose más o menos de la misma manera, con los materiales y las formas tradicionales. Cada jueves se vendían las “ollitas” en el mercado de Cuenca. Los platos y las ollas eran vendidos para la gente del campo. Muchos, viajaban a otras ciudades y provincias para vender o hacer trueque con maíz, papas o habas.

Se recuerda con cierta nostalgia los tiempos pasados. Maestros, hoy casi legendarios, como Pompilio Orellana hacían verdaderas obras de arte: jarras, tazas, y platos, decorados con flores y animales inspirados en la flora y en la fauna locales y pintados con pigmentos naturales.

Están de acuerdo en que antes había trabajos de mejor calidad. ¿Por qué? la respuesta es sencilla: en esos tiempos la gente tenía más tranquilidad para traba-

jar. Se podía gastar el tiempo haciendo una cosa bonita aun cuando no se la vendiera. La vida era más sencilla, con menos necesidades.

El antes tranquilo pueblo y sus artesanos han llegado, pue, a ser parte de nuestra moderna sociedad de consumo. Los cambios empezaron hace unos 15 ó 20 años. Entonces llegaron el plástico y el aluminio y la venta de cerámica utilitaria disminuyó, aunque nunca ha terminado por completo.

Por esas fechas llegó el Cuerpo de Paz. Se formó una cooperativa y se abrió un almacén en Cuenca en el que se vendían piezas un poco mejor hechas. Con esto, empezaron a venir los turistas, para bien y para mal. Claro está que los precios subieron, pero también vinieron nuevos impulsos que empezaron a transformar la alfarería tradicional.

Hace unos 10 años don Salvador recibió un pedido de 400 macetas, algo que antes no había sucedido en Chordeleg.

—“Pero nadie vino a retirarlas. Teníamos toda la casa llena de macetas. Al final tuve que venderlas yo mismo. A las primeras las saqué ‘con pena’ al lado de la carretera. Para mi sorpresa, se acabaron rápido. Después las vendimos en el mercado y fueron pan caliente, y con buen precio.

Le pedí a mi hermano,

Arturo, que me ayudara; es uno de los torneros más ligeros. Vino aquí a aprender, después se fue a su casa a seguir haciendo macetas. Los otros vieron que era buen negocio y pronto todo el pueblo estaba haciendo macetas. Los precios bajaron, claro.”

Desde entonces las macetas son el gran artículo de Chordeleg. Se las fabrica en todos los tamaños y formas imaginables, muchas veces bellamente decoradas con flores. La cerámica que se hace hoy día en Chordeleg es una mezcla de lo antiguo y de lo nuevo. La mayoría de los alfareros siguen con la cerámica tradicional, pero además hacen macetas con las técnicas y materiales tradicionales.

Algunos han dejado casi totalmente las viejas ollitas y empiezan a utilizar más óxidos, nuevos, pigmentos y vidriados importados. Esto posibilita lograr más variedad de colores, pero al mismo tiempo las piezas pierden algo de su carácter especial.

Cada uno tiene su propia especialidad. Uno hace macetas esmeradamente decoradas; otro es el único que todavía se da el trabajo de fabricar vajillas. Don Salvador hace, además de macetas decoradas, figuritas y cuadros en alto relieve. Sus hábiles dedos modelan el tradicional “Pase del Niño de Cuenca” con todas las figuras con sus trajes típicos.

Estos ceramistas se dirigen a otro tipo de público. Son bien co-

nocidos y tienen una clientela más o menos fija que les hace pedidos. Naturalmente, pueden vender a precios un poco más altos, pero también el costo de los materiales y el tiempo de trabajo son mayores. Sea cual sea el tipo de cerámica producido, los procesos de trabajo son, en grandes rasgos, los mismos. A pesar de varios proyectos de “tecnificación” de parte de diferentes instituciones, las técnicas y las herramientas siguen siendo, con pocas excepciones, las acostumbradas desde antes. El fracaso de estos proyectos se debe, en parte a la desconfianza de los alfareros ante las novedades, pero también a deficiencias en las personas enviadas al pueblo y en los implementos técnicos que se ha querido introducir.

El veredicto de don Salvador es bastante duro, pero es compartido por la mayoría de los alfareros:

—“Fulano no hizo aquí nada. Sólo buscaba la manera de ganar él mismo.

Yo pedí al banco para comprar un torno eléctrico que no me ha servido para nada: tenía una sola velocidad. A lo mejor hubiera sido diferente si hubieran traído alguna cosa buena del exterior, pero ¿qué saben de tornos los mecánicos de Gualaceo? “La mayoría sigue, pues con sus viejos tornos “a pata” y el horno de leña. Los talleres son pequeñas empresas familiares: el padre de familia tornea, la señora y los hijos le ayu-

dan, en menor o mayor grado, en decoración, ventas, etc.

La tierra blanca que ocupa gran parte del espacio en el taller es una de las arcillas locales que utilizan prácticamente todos los alfareros. Esta, pulverizada, se añade a otra arcilla —muy plástica— que toma un tono rojo al ser cocida. Las proporciones de las dos arcillas varían de acuerdo al objeto que se quiere fabricar y mezclarlas adecuadamente sólo se aprende a través de larga experiencia.

Cuando don Salvador, en sus ratos libres, sale a caminar por los cerros, casi siempre regresa a casa con un poco de arcilla, preferiblemente roja, para hacer pruebas y ver si sirve para macetas y engobes. Para pulverizar la tierra blanca hay que golpearla con un palo grueso.

—“Luis, mi hijo, tiene un molino eléctrico; así que ahora casi nunca tengo que golpear. Después, piso la tierra roja ya remojada con el polvo blanco, en este tanque de cemento...”

Inmediatamente, se amasan pesadas porciones de barro con más polvo blanco, sobre una piedra plana. Estas porciones pueden pesar 15 ó 20 kilos. Se les da una bonita forma redonda y se las guarda envueltos en plástico.

El trabajo en el torno, generalmente toma una semana. Las macetas se ponen a secar directa-

mente en el sol. Cuando están a medio secar se las desbasta el asiento, y cuando están completamente secas hay que lijarlas. Este, es el trabajo de la señora Marianita. Con gran paciencia, pasa todo el día sentada, entre una nube de polvo, bajo el sol ardiente.

Después, se ponen las piezas en el horno para la primera cocción, y se lo cubre con tiesto viejos. Cuando estos tiestos viejos están al rojo vivo, ha terminado la quema, que dura sólo un par de horas; la temperatura no sube a más de unos 600 u 800 grados C. El horno se vacía a la mañana siguiente. Se limpian las macetas y se las decora con óxidos y pigmentos de colores. Se pinta con pinceles de fabricación casera para los cuales, algunos de los hijos han tenido que donar su pelo. Después, se continúa con la vidriada. Don Salvador es uno de los pocos alfareros que han abandonado el tóxico vidrio de plomo y emplean vidrio importado.

La colocación de las piezas en el horno para la segunda quema es bastante más delicada que la primera: ningún objeto puede tocar a otro, pues se pegarían entre sí. Se sirven únicamente de tiestos de diferentes tamaños para colocar las piezas. Es un trabajo de paciencia que suele durar todo un día. Don Salvador trabaja de pie, dentro del horno, dando órdenes a la señora Mariana, que le pasa las diferentes piezas:

—“Una redondita, chiquita.

No, un poco más grand. un medio plato; no, más ancho. Ahora una lamparita... no... no... esperarás...”
La señora Marianita contrapone:

—“Apura. Ya han de ser las cinco. ¿Vamos a quemar hoy día” Cuando el horno parece un pequeño infierno rojo, el maestro mira por unas hendiduras de las paredes. Si brillan los objetos de adentro es que el esmalte se ha derretido y la quema está terminada.

Es probable que el número de artesanos de Chordeleg disminuya en el futuro y que la cerámica del pueblo se transforme aún más.

La antigua cerámica utilitaria, como es natural, se vende cada vez menos y tampoco las macetas se venden ya muy bien; su mercado parece saturado. El flujo de turistas a Chordeleg, también está disminuyendo.

Los alfareros están obligados a buscar nuevos caminos; a cambiar su producción, a buscar nuevos mercados.

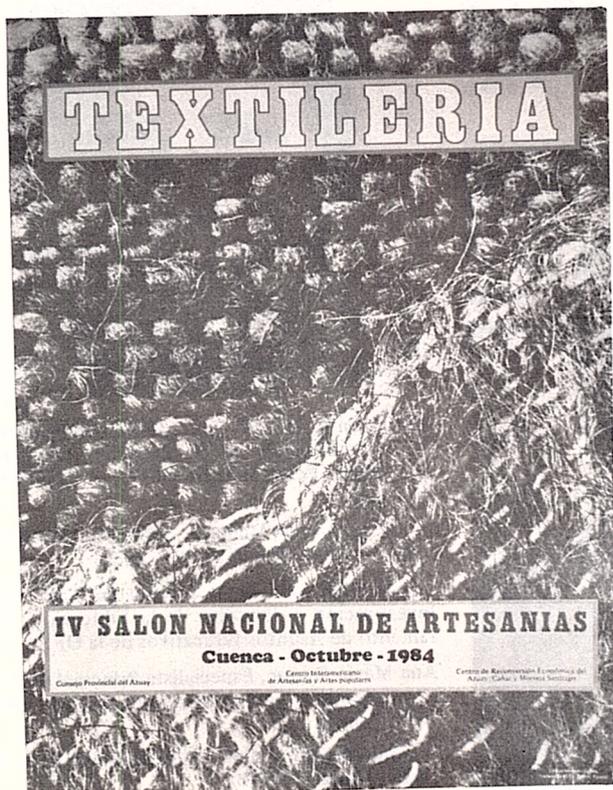
Diferentes instituciones culturales y personas preocupadas por la cultura se interesan mucho por conservar la cerámica tradicional. Ven perderse una herencia cultural cuando esta se transforma e incorpora elementos nuevos. Desgraciadamente, estas personas “de escritorio” muchas veces sabían muy poco de la vida diaria del alfarero. Como todos los artesanos, tiene que hacer equilibrio en-

tre el producir alta calidad y el vivir de su trabajo. ¿Qué hace cuando el público no quiere pagar por una jarra trabajada con pájaros en alto relieve? Pues, hará macetas que son de una fabricación relativamente rápida.

—“Si se me pagara un sueldo fijo por preservar el ‘patrimonio cultural’, haría gustosamente una obra de arte por semana” Don Salvador está consciente del problema, pero es sobre todo un

padre de familia realista y, como todo artesano de Chordeleg, un negociante innato.

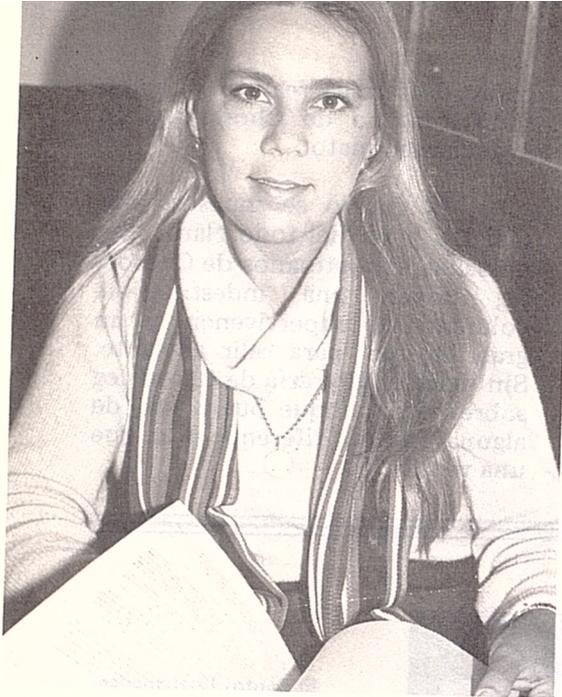
El futuro se muestra algo incierto y no del todo claro. Sin embargo, los artesanos de Chordeleg tienen una indestructible voluntad de supervivencia y un gran ingenio, para salir adelante. Sin duda, la alfarería de Chordeleg sobrevivirá, aunque pueda ser, de alguna forma, diferente a lo que una vez fue. ○



El Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares, CIDAP, el Consejo Provincial del Azuay y el Centro de Reconversión Económica del Azuay, Cañar y Morona Santiago, CREA convocan al IV Salón Nacional de Artesanías, que en este año ha correspondido a textilería.

Se espera la participación de artesanos tejedores de todas las regiones del Ecuador, quienes deberán enviar sus piezas antes del 2 de Octubre de 1984 a las oficinas del CIDAP.

El Salón permanecerá abierto al público desde la tercera semana de Octubre en el Museo de las Artes Populares del CIDAP, en Cuenca.



66



Participantes en el II Taller sobre Incorporación de la Cultura Popular en la Educación que se realizó en Cuenca, Ecuador entre el 19 y el 25 de Febrero de 1984.

Ione Carvalho de Medeiros, Proyecto Museo Comunidad de Chordeleg, CIDAP – OEA.

Sergio Nilo, Jefe de la Unidad de Planeamiento, Investigación y Estudios de la Educación, Departamento de Asuntos Educativos de la OEA.

Ana María Duque, Especialista Principal en Folklore y Artesanías, Departamento de Asuntos Culturales de la OEA.

Antonio Miguel Tajjint, Representante de la Federación Shuar, Ecuador.